

NODVS VI
Maig de 2003

El problema de la percepción y la fenomenología de Merleau-Ponty

Contribución al seminario de Conceptos Fundamentales "El objeto a: la mirada y la voz" y al seminario de Investigación "Los objetos del fantasma" durante el curso 2002-03

Antonino Firenze

Paraules clau

"copresencia misteriosa" de sujeto y mundo, confusión sujeto/conciencia, extimidad (extimité), percepción, superficie/pliegue, alucinación (alucinación y Abschattungen), Da-sein (en tanto existencia como presencia), forclusión, percipiens/perceptum, torsión/enveloppement, cogito cartesiano, estatuto de la cosa, Leib (cuerpo fenoménico, o propio, o vivido), sensación

En primer lugar quisiera decir dos palabras acerca de la intención que anima este breve ejercicio de lectura que me ha sido encargado por L. D'Angelo y M. Bassols como exposición interna a sus seminarios.

Las varias referencias a la fenomenología de la percepción de Maurice Merleau-Ponty por parte de Lacan, tanto a lo largo del Seminario XI (1964, de ahora en adelante *Sem. XI*) como en el ensayo titulado *Maurice Merleau-Ponty* (1961; de ahora en adelante *M.M-P*), hacen necesaria su contextualización. Este último texto apareció originariamente en el número especial de *Les Temps Modernes* dedicado al pensador francés, pocos meses después de su muerte imprevista y prematura.

Por cuestiones más bien metodológicas he pensado empezar por una rapidísima aclaración del propio concepto de percepción, así como se ha entendido a lo largo de nuestra tradición filosófica, para luego pasar a analizar algunos de los pasos a los que Lacan hace referencia en su ensayo-homenaje del '61, en los cuales plantea su punto de vista crítico acerca de la actitud de Merleau-Ponty hacia el "yo pienso" cartesiano. Concluiré con unas breves consideraciones sobre el estatuto de la mirada en *Le visible et l'invisible*, texto publicado póstumo en 1964, cuya influencia sobre la elaboración del *Sem. XI* está muy bien documentada por las referencias de Lacan en el capítulo «De la mirada como objeto a minúscula». Nuestra tarea se centrará en una dilucidación conceptual y terminológica de base, sin poder entrar, dada la ocasión, en el análisis más profundizado de los aspectos teóricos que esta comparación sugeriría.

Para introducir al problema de la percepción, primero es necesario distinguir entre percepción y sensación. En el sentido más restringido, el término percepción se distingue de la sensación en cuanto indica un proceso cognoscitivo de unificación de una multiplicidad de sensaciones, entendidas estas como datos elementales e inmediatos del conocimiento sensible. Esta unificación perceptiva permite distinguir un objeto (*perceptum*), tanto del sujeto (*percipiens*), como de los demás objetos.

En el texto *Fenomenología de la percepción* (1945; de ahora en adelante *FP*), el ojo es tomado como centro de una revisión del estatuto ontológico del espíritu y de una crítica radical de toda posición substancialista. Este ojo abstracto tiene su correlato en el sujeto entendido como modulo divino de una percepción universal. Esta perspectiva es la de un saber que se pretende absoluto y que subordina, a través del concepto cartesiano de extensión, las cosas u objetos de la realidad a la determinación del *cogito*.

El punto de partida de Merleau-Ponty es la crítica de aquellas teorías que enfocan la percepción omitiendo el tiempo de su emergencia originaria en el fenómeno, en aquel nivel radical en el que la conciencia todavía no ha tematizado un horizonte de objetividad y sentido. En esta dimensión pre-tética o pre-categorial la identidad del objeto como cosa no ha sido todavía determinada según el orden lógico-predicativo.

Es en el capítulo "La cosa y el mundo natural" que Merleau-Ponty se interroga precisamente sobre el estatuto de la cosa o objeto real. Y lo hace planteando el problema de la constitución de su unidad, más allá de una concepción de la cosa como sistema de calidades ofrecidas a los diferentes sentidos y reunidas por un acto de síntesis intelectual, según la postura tradicional compartida tanto por el empirismo-asociacionista (Hume) como por el idealismo-trascendental (Kant).

Rechazando tanto una concepción de la conciencia en cuanto actividad constituyente la realidad, como una concepción del objeto en cuanto "en sí" impenetrable y absolutamente trascendente, Merleau-Ponty individua en esta dimensión antepredicativa la unidad ambigua del sujeto y del mundo fenoménico a éste intrínsecamente relacionado. Más allá del cuerpo objeto de la ciencia (*Körper*), Merleau-Ponty introduce el cuerpo fenoménico (*Leib*), cuerpo que no conoce la conciencia pura sino la existencia ambigua, es decir «el ser al mundo a través de un cuerpo».

Es en este sentido que Merleau-Ponty va retomando experimentos procedentes sobretudo de la *Gestaltpsychologie* de Gelb (*Die farberkonstanz der Sehdinge*), dirigiendo su interés a las cuestiones generadas por la ruptura de las relaciones entre forma y fondo en el proceso perceptivo, y a los problemas teóricos procedentes de la variación y suspensión de la constancia tanto a nivel del color como de la estructura iluminación-objeto iluminado.

Según esta experiencia si se hace de manera que un cono de luz emanado por una lámpara en arco caiga exactamente sobre un disco negro y si se pone en marcha el disco, éste aparece flojamente iluminado y el cono de luz parece ser un sólido blancuzco del cual el disco es la base. Si enfrente del disco interponemos un trozo de papel blanco, a la vez veremos el disco "negro" y el papel "blanco" violentamente iluminados. La transformación ocurrida en la percepción del objeto ha sido tan completa que genera la impresión de que el aspecto lechoso y de opacidad de principio desaparece y el disco negro iluminado por contraste resalta como un disco nuevo.

Este hecho nos impone una interrogación sobre la mutación de la iluminación, y sobre la variación de su percepción a través de la transformación de las condiciones de figura-fondo o de configuración (*Gestalt*) en una pluralidad de gradaciones que atraviesan el espectro del

color. La diversidad y multiplicidad estructural del objeto percibido ambiguamente incide sobre el sujeto modificando su misma estructura y su función, más allá de la mera reducción a la codificación de mensajes o informaciones recibidas y asimiladas a través del aparato sensorial de un sujeto constituyente que les daría su unidad.

La pantalla representada por el papel blanco pone fuera de juego la función de constancia y rompe con la persistencia de la unidad perceptiva del color local de un objeto. Haciendo emerger la dimensión de la variación y mutación del color, evidencia, en el contexto del espectro cromático, la articulación del campo perceptivo en su riqueza de efectos de reflejo, de irradiación, de transparencia y de opacidad.

Son esas “covariaciones” a ser definidas por la fenomenología de Merleau-Ponty y que le interesan a Lacan por que describen con mucha precisión las alternancias y alteraciones de la identidad del sujeto.

Las modificaciones perceptivas actuadas sobre el *percipiens*, es decir el sujeto de la percepción, cuestionan profundamente su función constitutiva de la unidad del *perceptum*, es decir de la cosa percibida, y deciden del lugar mismo de un sujeto no más definible según el esquema ilusorio de un sujeto que todo determina y controla en la absoluta transparencia entre sí y su objeto, como el «cogito» cartesiano. El concepto que Merleau-Ponty utiliza para nombrar el sujeto de la percepción es el de *Leib*, de ascendencia husserliana, entendido como cuerpo propio o cuerpo vivido.

La identidad de la cosa en la experiencia perceptiva es simplemente otro aspecto de la identidad del cuerpo propio en sus movimientos de exploración del espectáculo del mundo. Es en la experiencia de la presencia corpórea que se manifiesta la co-originariedad del cuerpo del sujeto y del cuerpo de las cosas, como coexistencia del sujeto encarnado en la vida de las cosas mismas.

La conexión del fenómeno de constancia con la articulación del campo y con el fenómeno de la iluminación desemboca en la centralidad de la mirada y en su capacidad de concentrar la visibilidad difusa para poner en relación las apariencias y los procesos cenestésicos directamente dependientes de la situación corpórea del sujeto.

Pues, una cosa no es simplemente dada por la percepción sino que es retomada internamente por nosotros, reconstituida y vivida por nosotros puesto que está ligada a un mundo del que llevamos en nosotros mismos las estructuras fundamentales y del cual la cosa es una de sus posibles concreciones y manifestaciones.

Pero según Lacan, Merleau-Ponty, reanudando todas esas variaciones fenomenológicas de la percepción en el concepto heideggeriano de *Da-sein*, interpretado como “presencia (o ser-ahí)-en-por-a través de-un-cuerpo” seguiría planteando una oposición confusa entre el sujeto como *percipiens* y la estructura de la realidad, nominada descriptivamente *perceptum*. Es a través del concepto de presencia entonces, que Merleau-Ponty definiría la posición en que la existencia intenta captarse en el momento precedente la reflexión y la escisión entre un sujeto conciencia de sí y una realidad objeto de conocimiento representativo. Pero esta postura fenomenológica se quedaría demasiado vinculada a una concepción de presencia pura finalmente encontrada desde el cuerpo propio en el fenómeno. La presuposición de que haya en alguna parte un lugar de la unidad hacia el cual el sujeto, como «yo soy un cuerpo», podría remontarse, hace de manera que se mantengan, en palabras del mismo Lacan, “todos los poderes de la reflexión por los que se confunden sujeto y conciencia” y que se siga

desconociendo “el privilegio que corresponde al *perceptum* del significante en la conversión que hay que realizar en la relación del *percipiens* con el sujeto” (M.M-P, p. 21).

De hecho, como nos señaló el experimento citado y analizado por Merleau-Ponty, el contraste objetivante realizado por la entrada en escena de la figura del cuadrado blanco como pantalla interpuesto entre la luz y la base del cono virtual constituido por el disco negro le sirve a Lacan para situar al sujeto como estructurado y determinado por el significante. En un primer momento éste estaría como disuelto en la luz al igual que el disco negro, pero al interponer la pantalla el sujeto originariamente encarnado en una opacidad de luz queda reprimido y forcluído en cuanto Otro respecto al sujeto-percipientes que se afirma en una forma esclarecida, en la representación objetiva, como transparente a sí mismo.

Así se expresa el mismo Lacan, delineando a la vez el núcleo de su crítica a Merleau-Ponty: «¿Qué es lo que impide decir del ejemplo antes citado –....– que el sujeto, responsable en un primer tiempo de su consistencia lechosa, en el segundo no está allí más que reprimido? Y esto por el hecho del contraste objetivante del disco negro con el cuadrado blanco que se produce a partir de la entrada *significativa* (curs. nuestra) de la figura de éste último sobre el fondo del otro. Pero el sujeto que se afirma allí en formas iluminadas es el rechazo del Otro que se encarnaba en una opacidad de luz». E inmediatamente después la pregunta central: «¿Pero donde está el *primum*, y por que prejuzgar que sea solamente un *percipiens*, cuando aquí se dibuja que es su elisión lo que devuelve al *perceptum* de la propia luz su transparencia?» (M.M-P, p. 20)

Entonces, si para Merleau-Ponty el fenómeno de la percepción presupone la existencia como presencia en el mundo de un sujeto entendido como cuerpo propio, garantía de una unidad más profunda no alcanzable con el concepto pero vivida ambiguamente por el cuerpo, para Lacan la percepción está ya estructurada por la insistencia represora del significante, y por su efecto de elisión en el sujeto. El sujeto no será entonces resultado o efecto de su comercio con el mundo a través de las percepciones sino de la cadena de significantes que retroactivamente lo determina y estructura como sujeto dividido por el significante, así como señalaba ya *Una cuestión preliminar* (1959). El sujeto no puede reducirse, según Lacan, a la conciencia perceptiva, aunque esta sea pre-categorial, puesto que el sujeto coincide con el inconsciente estructurado por el lenguaje y constituido por su rechazo por parte de la cadena significante que opera su represión primordial.

Pero según nuestra lectura, para Merleau-Ponty el *percipiens* y el *perceptum*, (que para ser más exactos nunca son nombrados así por él mismo sino que en este debate es Lacan quién recupera estos conceptos, por lo demás, de origen escolástico) viniendo a diluirse en la presencia ambigua del cuerpo en el mundo comparten, contrariamente a lo que dice Lacan, la misma estructura ontológica en la “co-presencia misteriosa” de sujeto y mundo. «El mundo – como nos dice Merleau-Ponty – en el sentido pleno del vocablo no es un objeto, tiene una envoltura de determinaciones objetivas, pero también *fisuras*, *lagunas* (cursiva nuestra) por donde las subjetividades se alojan en él o, mejor, que son las subjetividades mismas. (...) Las cosas son estructuras opacas». (FP, p. 347)

De hecho, en el caso de la alucinación visiva hay un *perceptum* sin objeto y este no-objeto percibido no admite un sentido unívoco al *percipiens* que se encarga de explicarlo unificándolo bajo los esquemas de su conciencia. En la perspectiva clásica del sujeto unificador la alucinación es considerada como un espejismo, una ilusión, pero en realidad la ambigüedad del *perceptum* significa la duplicidad oculta del *percipiens*.

Como dice J. A. Miller en su comentario al ensayo del '61, a propósito de la alucinación: «el sujeto de la percepción es llamado a dar razón de este *perceptum* desprovisto de objetividad.

(...) En la estructura normal de la percepció, el *perceptum* y el *percipiens*, ..., dependen de una referencia a la realidad. Se entiende que el *percipiens*, cuando su percepción se ajusta a un *perceptum* lleno de realidad, permanece a nivel de la objetividad. A su vez, cuando la realidad no está implicada en el *perceptum*, la aparición de éste, calificada de alucinatoria, es imputada al *percipiens*. Lacan invierte la perspectiva y reconoce al *perceptum* un alcance causal, cuyos efectos de división recaen no sobre un *percipiens* sino sobre un sujeto”.¹

De hecho, según los términos de la *Cuestión preliminar*, en la alucinación verbal la coherencia de la cadena significante, su sobredeterminación por parte de lo que en la secuencia le sigue, es interrumpida, cortada y su valor es suspendido por el advenimiento de las paradojas intrínsecas a toda percepción, empezando por el hecho de que para que uno pueda escucharse a uno mismo hace falta que previamente se escuche hablar, y de que no pueda escucharse sin dividirse.² El efecto de significación anticipa el desarrollo de la significación misma, por que es estructuralmente retroactivo. Este privilegio asignado al *perceptum* por el significante implica una inversión en la concepción de la relación del sujeto con el *percipiens*. La alucinación cumple una función de forclusión del objeto invisible o indicible. Este es forcluido en lo real en donde se escucha una palabra que viene en lugar de lo que no tiene nombre. “La cadena significante se impone al sujeto por si misma y en su dimensión de voz”. Es en este sentido que la estructura del significante, determinandose en esta atribución “distributiva”, “de varias voces”, pone el *percipiens* pretendido unificador como un equivoco construido, como su efecto, por el *perceptum*, cuyo contenido no son las cosas más o menos llenas sino la cadena significante y la estructura simbólica.

Pero como se expresa el mismo Merleau-Ponty a propósito de la alucinación: «La alucinación desintegra lo real ante nuestros ojos, lo sustituye por una semirrealidad; de las dos formas el fenómeno alucinatorio nos vuelve a los fundamentos prelógicos de nuestro conocimiento y confirma lo que acabamos de decir a propósito de la cosa y del mundo» (*FP*, p. 347), es decir el compartir ambos una estructura opaca y ambigua.

Si el pensamiento objetivo reduce la cosa a un objeto de conocimiento representativo sin vivirla y reduce la subjetividad al pensamiento de la cosa, a su *cogitatio*, no podrá dejar nunca de ignorar la “adhesión equivocada del sujeto a los fenómenos preobjetivos”, como la imposibilidad de una descripción lógica e intelectualista de la alucinación pone de manifiesto. La mayoría de alucinaciones no son cosas con sus facetas perceptibles sino fenómenos efímeros, estallidos, corrientes de aire, puntos brillantes, resplandores, siluetas (de allí la importancia del concepto husserliano de *Abschattungen* en la sucesiva producción teórica de Merleau-Ponty). Es decir, la alucinación no es la percepción, pero “es necesario que, por diferente que sea de una percepción, la alucinación pueda suplantarla y existir para el enfermo más que sus propias percepciones”. Pero esto es posible solamente si, como sugiere M-P, las consideramos como «modalidades de una sola función primordial por la que disponemos a nuestro alrededor un medio provisto de una *estructura* (cursiva nuestra) definida, por la que nos situamos ora en pleno mundo, ora al margen del mismo. La existencia del enfermo está descentrada, no se realiza ya en el comercio con un mundo áspero, resistente e indócil, que nos ignora, sino se agota en la constitución solitaria de un medio ficticio» (*FP*, p. 355).

Pues la realidad de la ficción se apoya en la misma estructura de la realidad pretendidamente verdadera, puesto que también en el sujeto “normal” la realidad es captada a través de una operación análoga, siendo ambos determinados por la presencia corporal en el mundo, por su *situación* sensorial y material. Como dice Merleau-Ponty: «también el sujeto normal lleva esa herida abierta por donde puede introducirse la ilusión, su representación del mundo es vulnerable» (*FP*, p. 355).

En este sentido, nos parece que la crítica de Lacan a Merleau-Ponty en el texto homenaje del

'61, a pesar de la centralidad de las cuestiones tocadas, decisiva para el esclarecimiento de la propia postura de Lacan acerca del estatuto del sujeto, sea excesiva y que por eso merecía su replanteamiento directamente a partir de la fuente originaria, es decir de la *Fenomenología de la percepción*.

Pero, al analizar más detenidamente la cuestión de la crítica de Lacan a Merleau-Ponty así como se desarrollará en el texto del *Sem. XI* dedicado al objeto pequeño a y al objeto pulsional de la mirada, nos percatamos de que esta no se va más delineando como crítica sino, más bien, como elogio y reconocimiento de una importante deuda teórica con él adquirida.

Como subraya Lacan en un paso del *Sem. XI*, en su referencia al experimento antes analizado: «la pantalla restablece las cosas en su status real, ya desde el nivel simplemente perceptivo. (...) el sólo hecho de introducir en este campo una pequeña pantalla, que contrasta sin ser vista con lo que está iluminado, hace que la luz lechosa se desvanezca en las sombras, y aparezca el objeto que ocultaba. A nivel perceptivo, es la manifestación fenoménica de una relación que ha de ser inscrita en una función más esencial, a saber, que en su relación con el deseo la realidad sólo aparece como marginal.» (*Sem. XI*, p. 114)

Está aquí el nudo problemático de toda la cuestión en que se debaten tanto Lacan como Merleau-Ponty: ¿cual es la posición y el estatuto del sujeto así como nos es mostrado después de este experimento? ¿Viene antes el *perceptum* o el *percipiens*? Para el Merleau-Ponty de la *Fenomenología de la percepción* la posición del sujeto va delineándose en esa presencia opaca y ambigua, representada por el cuerpo propio (*Leib*), tan profundamente vinculada a la estructura contingente e incompleta del mundo compartida por el mismo sujeto. Para Lacan, es cierto, la primacía le corresponde al *perceptum* en cuanto “fantasma” y modelo de las identificaciones paranoicas y narcisistas de un sujeto atrapado por el significante. Pero para el Merleau-Ponty de *Le visible et l'invisible*, el sujeto ya estará vinculado a una concepción radicalizada del cuerpo que cobrará una relevancia ontológica indiscutible. Y esto gracias principalmente a la amplitud semántica del concepto de carne como pliegue, como lugar del contacto falto, carente pero siempre latente, en la reversibilidad quiasmática de interno y externo.

Pues, adentro y afuera, en este movimiento de *torsion* y *enveloppement*, se envuelven recíprocamente, se pliegan y se doblan, en una bidimensionalidad topológica abierta a la proximidad de la lejanía como íntima exterioridad (*extimité* la llamaría Lacan)³, y a la profundidad envolvente del “afuera” como “superficie de una profundidad inexorable”.

La carne del mundo como la carne de mi cuerpo, en su *intercorporeidad*, y quizás ya no más “intersubjetividad”, constituyen la trama invisible de un esfuerzo interior al mundo y al ser. Emblema concreto de una modalidad general, el cuerpo se hace en esa reversibilidad siempre inminente pero nunca cumplida de un Ser que se expresa como *estilo* en la interminable metamorfosis de sí mismo y en el diferenciarse de la diferencia. La distancia que separa, al mismo tiempo, pone en juego y provoca la comunicación, el contacto.

Lo que nos parece decisivo resaltar de este análisis es que el cuerpo así entendido inaugura una irrevocable desconstrucción del sujeto, puesto que Merleau-Ponty, llevando a la superficie el Ser lo hunde en lo contingente, como co-origenariedad inobjetivable conceptualmente; un Ser sin fondo ni fundamento, que se manifiesta como presentación de una ausencia, lugar del borde y del límite entre ser y no-ser, entre lenguaje y cuerpo, entre el *cogito* y su sombra. Un Ser anónimo que nunca es completamente en su retirarse y exponerse en esa apertura del espacio onto-topológico de la superficie y del pliegue, en la que tanto el sujeto como el objeto, mas allá del dualismo tradicional de la metafísica, están implicados recíprocamente puesto que, como dice Merleau-Ponty, *en sont*.

«Los puntos de referencia que ofrece – según dice Lacan refiriéndose a la obra póstuma del pensador francés (*Sem XI*, p. 89) – en especial al inconsciente psicoanalítico, permiten vislumbrar que quizás se dirigía hacia una búsqueda original respecto de la tradición filosófica, hacia esa nueva dimensión de la meditación sobre el sujeto que el análisis nos permite a nosotros trazar».

Notes

1. Cf. J. A. Miller, Comentario sobre Maurice Merleau-Ponty, p. 33). en *Análisis de las alucinaciones*, Buenos Aires, 1995, p. 33.
2. Cf. J. Lacan, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en *Escritos*, vol. II, Siglo XXI Editores, México 1998, pp. 513-564.
3. Cf. J. Lacan, *El Seminario de J. Lacan. Libro VII. La Ética del psicoanálisis 1959-1960*, Paidós, Buenos Aires 1988, p. 171.

Bibliografía

- P.L. Assoun, *Lecciones psicoanalíticas sobre la Mirada y la Voz*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1997 (1995); en part. pp. 115-127.
- M. Bassols, *Fenómeno, Estructura y Sujeto. El debate de Lacan con Merleau-Ponty*, en «Temas de la Biblioteca», (public. int. Biblioteca Freudiana de Barcelona), n. 5, 1987.
- P. Gambazzi, *L'occhio e il suo inconscio*, Raffaello Cortina, Milán 1999.
- J. Lacan, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en *Escritos*, vol. II, Siglo XXI Editores, México 1998, pp. 513-564.
- J. Lacan, *Maurice Merleau-Ponty*, trad. cast. en *Análisis de las alucinaciones*, Buenos Aires 1995, pp. 15-30.
- J. Lacan, *El seminario de J. Lacan. Libro XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis 1964*, Paidós, Buenos Aires 1990.
- E. Laurent, *Perturbaciones acognitivas*, en *Análisis de las alucinaciones*, op. cit., pp. 39-55.
- M. Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Paris 1945; trad. cast., *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona 1975, cit. (FP).
- M. Merleau-Ponty, *Le visible et l'invisible*, texte établi par C. Lefort accompagné d'un avert. et d'un postf., Gallimard, Paris 1964; trad. it. di A. Bonomi, M. Carbone (nueva ed. al cuidado de), *Il visibile e l'invisibile*, Bompiani, Milano 1999 (1969).
- J.A. Miller, *Comentario sobre Maurice Merleau-Ponty*, en *Análisis de las alucinaciones*, op. cit., pp. 31-38.
- J.A. Miller, *Jacques Lacan e la voce*, en *Agalma*, nº 2, Arcadia Edizioni, Milán 1989, pp. 49-58.
- J.A. Miller, *Las cárceles del goce*, en *Imágenes y miradas*, Ed. E.O.L., Buenos Aires, 1994, pp. 13-32.